

A sangre y fuego. A cien años del inicio de la “guerra civil europea”

Enzo Traverso
Cornell University

(El presente artículo reproduce dos acápites (“Antecedentes” y “Ciclo”) del capítulo “Obertura”, del libro *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*, cuya edición en español fue publicada por Prometeo Libros en 2009).

Antecedentes

La guerra civil europea del siglo XX tiene dos predecesores: la guerra de los Treinta Años (1618-1648) y, un siglo y medio más tarde, la Revolución francesa, es decir, el largo proceso de ruptura y transformación que se inicia con la toma de la Bastilla y acaba con la caída de Napoleón (1789-1815). En ambos casos los efectos fueron devastadores y cambiaron el rostro del continente. La comparación con el siglo XX se impone casi naturalmente. El primero en esbozar un paralelo entre la crisis europea del siglo XVIII y una futura guerra mundial fue sin duda Friedrich Engels, en un célebre artículo de 1888 cuyo carácter profético se ha resaltado a menudo. En una guerra de este tipo, escribía, “unos ocho o diez millones de soldados se matarán entre si y, al hacerlo, arrasaran Europa como nunca lo ha hecho un enjambre de langostas”. “Las devastaciones de la guerra de los Treinta años”, continuaba, se verán entonces “comprimidas en un período de tres o cuatro años, y esparcidas por todo el continente”. Esto producirá hambruna y epidemias en escala masiva, y hundirá la economía en un “caos irremediable” que desembocará, finalmente, en la “banarrota general”. Se asistirá a un “derrumbe de los viejos Estados y de su sabiduría estatal tradicional, de suerte que las coronas por decenas rodarán por las calles, y no habrá nadie que quiera recogerlas”.¹ El general prusiano Helmuth von Moltke le haría eco, en un discurso resonante pronunciado en el Reichstag

en mayo de 1890, al afirmar que, debido al poderío alcanzado por los ejércitos nacionales, en caso de un nuevo conflicto ningún Estado podría imponerse rápidamente sobre los otros y el resultado sería una nueva guerra de los Treinta Años, terriblemente devastadora.² El paralelo fue retomado, en 1919, por el historiador alemán Hans Kohn, en una obra pionera que intentaba comprender los nacionalismos modernos resultantes de la Gran Guerra (Kohn, 2005).

Durante la Segunda Guerra mundial, la evocación de la guerra de los Treinta Años se impuso una vez más. En 1939 no cabía ninguna duda, para los ojos de las diplomacias, que existía una relación de continuidad entre la nueva guerra y la primera, en tanto Hitler no cesaba de clamar su voluntad de borrar la deshonra de Versalles. En 1942, el politólogo alemán emigrado a los Estados Unidos Sigmund Neumann sugería “mirar los tres últimos decenios como un periodo esencialmente unitario, sin duda como una segunda guerra de los Treinta Años” (1965: 260). En su obra autobiográfica *Kapult*, Curzio Malaparte, en esa época corresponsal de guerra en el frente oriental, recuerda la ironía amarga de soldados de la Wehrmacht que habían rebautizado su combate como “guerra-relámpago de los Treinta Años” (*dreizigjährige Blitzkrieg*) (Malaparte, 1995: 202). Este paralelismo fue un *leitmotiv* para Alfred Rosenberg, primero en las páginas del *Völkischer Beobachter*, el diario oficial del Partido nazi, particularmente en un editorial del primero de septiembre de 1942, y después en un folleto dedicado al combate contra el bolchevismo, la “enfermedad” de Europa engendrada por la Ilustración y la Revolución Francesa. En esta lucha, escribía, se enfrentaban “modos de vida, concepciones del Estado, visiones del mundo (*Lebenshaltungen, Staatsauffassungen, Weltanschauungen*)”, a un punto tal que se traducía, en términos darwinianos, en una “lucha por la vida misma” (citado en Geyer, 2004: 29). La comparación aparece asimismo en un discurso del general de Gaulle en la radio de Londres, en septiembre de 1941, y en la pluma de Winston Churchill, quien, en 1948, presentaba su historia de la Segunda Guerra mundial como el “relato de otra guerra de los Treinta Años”.³ O incluso en Raymond Aron, quien definía la “segunda guerra de los Treinta Años” como una “guerra hiperbólica”: nacida en 1914 de un “error diplomático”, había llegado a su término recién en 1945, después de haber atravesado crisis y guerras civiles múltiples (1983: 406).

Las analogías entre las guerras europeas del siglo XVII y las del XX son, en efecto, bastante impactantes. Se trata, en ambos casos, de guerras *totales*. Fueron terriblemente letales no solamente para los soldados que participaron de ellas, sino también para las poblaciones civiles que las padecieron y cuyas víctimas se contaron por millones, a causa del hambre de las epidemias en la primera, de los bombardeos, las masacres y los genocidios que acompañaron los combates en el caso de la segunda. La primera guerra de los Treinta Años estuvo marcada, en el plano religioso, por el conflicto entre el catolicismo y el protestantismo; en el plano político, por el conflicto entre el feudalismo y el absolutismo. La segunda surgió, en 1914, de un conflicto clásico entre grandes potencias por la hegemonía continental y fue continuada, después de 1917, por un enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución, para culminar al fin, en 1941, en una guerra irreductible entre visiones antagónicas del mundo. Tomó una forma política compleja, fragmentándose en numerosos conflictos entremezclados: capitalismo contra colectivismo, libertad contra igualdad, democracia contra dictadura, universalismo contra racismo. En otras palabras, primero un enfrentamiento entre el liberalismo y el comunismo, después entre la democracia y el fascismo, el fascismo y el comunismo, hasta el conflicto final de los fascismos aliados contra la alianza de las democracias liberales con el comunismo. Estas dos guerras de los Treinta Años combinaban guerras entre Estados y guerras civiles, modificaciones de fronteras y mutaciones políticas en la estructura de

los Estados, conflictos de orden religioso y enfrentamientos ideológicos. Ambas fueron llevadas adelante con un espíritu de cruzada y jalonadas por masacres, incluso genocidios. Ambas tuvieron por epicentro Alemania y se saldaron, tanto en 1648 como en 1945, por su división.⁴

La diferencia reside en los resultados. Con la paz de Westfalia la primera guerra de los Treinta Años había dado origen a un sistema estable de relaciones internacionales fundado sobre el equilibrio entre los Estados. Había echado las bases de lo que se llamará el *jus publicum europeum*, es decir, la regulación jurídica de las relaciones entre las potencias europeas y la gestión de sus guerras como conflictos secularizados entre Estados soberanos. Este equilibrio será sacudido por la Revolución francesa, y luego restablecido en Viena en 1815. La primera guerra de los Treinta Años había colocado, bajo la forma del absolutismo, las premisas del Estado moderno, un aparato jurídico y político detentador de la soberanía, dotado del monopolio de la violencia legítima dentro de sus fronteras y susceptible de defenderlas contra amenazas exteriores a través de un ejército permanente (un proceso que Norbert Elias definía como la "curialización de los guerreros" -1975: 219-). Las guerras de religión permitieron a Bodin pensar la idea de soberanía, y la revolución inglesa inspiró a Hobbes su visión del Estado (*Leviatán*) como antítesis de la guerra civil (*Behemoth*), es decir, como autoridad absoluta capaz de establecer un orden político, paz y seguridad, por encima del estado de naturaleza, prepolítico y por ende conflictivo. Bajo el absolutismo, la guerra se convertía en un medio para evitar la guerra civil; la sumisión al soberano era el precio a pagar para mantener alejado el temor a morir de una muerte violenta. La segunda Guerra de los Treinta Años, por su parte, no desembocó ni en un compromiso entre los beligerantes ni en un nuevo equilibrio de fuerzas, sino en la destrucción de uno de los antagonistas –ninguna otra solución habría sido posible después de 1941– y en la reanudación del conflicto entre liberalismo y comunismo, los hijos enemigos de la Ilustración que se habían unido para combatir al nazismo. En el siglo XX la consolidación de los Estados no redujo para los ciudadanos el riesgo de morir de muerte violenta; más bien creó las condiciones para las masacres y genocidios modernos. La primera guerra de los Treinta Años fue entendida históricamente como una etapa decisiva del proceso de civilización, la segunda como el paroxismo de su crisis.

La segunda guerra civil europea se inició con la Revolución francesa y encontró su epílogo en Waterloo. El historiador Roman Schnur (1983) ha colocado bajo el signo una "guerra civil mundial" los conflictos que abarcaron Europa entre 1792 y 1814. Una vez más, como en el siglo XVII, se trató de una gigantesca conmoción social y política, y de una guerra ideológica. En el plano militar, comenzó como un enfrenamiento entre una coalición de monarquías y una nación revolucionaria que, en nombre del derecho natural, había declarado una guerra sin fronteras al Antiguo Régimen. En varias partes de Europa habían surgido núcleos jacobinos que saludaban la invasión francesa como un acto liberador y de esta forma transformaban una guerra entre Estados en un alzamiento interno contra el poder aristocrático, es decir, en guerra civil. En un discurso en la Convención, en 1793, Robespierre había afirmado el principio de la fraternidad de los pueblos que debía conducirlos a cooperar como a los "ciudadanos de un mismo Estado" y que hacía del opresor de una nación el "enemigo de todas". Ahora bien, el combate contra los enemigos del género humano tomaba los rasgos de una guerra civil puesto que, según Robespierre, no podía ser conducido según las reglas del derecho internacional. "Los reyes, los aristócratas, los tiranos –proclamaba– deben ser perseguidos por todos, no como enemigos comunes sino como asesinos y criminales rebeldes".⁵ De manera totalmente análoga, la coalición antijacobina –inspirada por la emigración aris-

toocrática francesa— no se sublevaba contra una nación sino contra la Revolución, lo que Burke había comprendido perfectamente cuando preconizaba una “guerra de religión” contra una “doctrina armada”, en la cual “los métodos de la guerra civilizada ya no serán practicados” (citado en O’Brien, 1986: 61-62). Según Jean-Clément Martin, la Revolución francesa había afirmado una nueva visión del mundo organizada alrededor del clivaje “amigos/enemigos de la libertad” que, al abolir la diplomacia secreta, ponía fin a los conflictos entre monarcas e “introducía las premisas de una guerra civil mundial” sobre bases ideológicas (2006: 119). Es de esta forma que los bolcheviques llevaron adelante la guerra contra los blancos, entre 1918 y 1921, y las fuerzas aliadas el combate contra la Alemania nazi, entre 1941 y 1945: guerras contra enemigos *ilegítimos* con los cuales no se busca concertar la paz, sino destruirlos.

Tal como sucedió con la primera guerra de los Treinta Años, la Revolución francesa y las guerras napoleónicas demolieron el antiguo orden social. Implicaron al conjunto de los Estados de Europa, movilizaron los pueblos del continente, suscitaron el advenimiento de los nacionalismos modernos, y su impacto se extendió hasta América. La paz de Westfalia había dado origen al absolutismo; el congreso de Viena ratificaba su deceso. La Restauración no ponía en cuestión las transformaciones sociales provocadas por las conquistas napoleónicas, y el Antiguo Régimen “persistente” después de 1815 no impedía, ciertamente, el desarrollo del capitalismo industrial, pero el orden político seguía siendo el de una Europa aristocrática. De esta forma, las convulsiones engendradas por la Revolución y las guerras napoleónicas no lograron aniquilar el *jus publicum europeum*. En 1815, el congreso de Viena instituía una “paz de cien años” que no resultó perturbada más que por conflictos de duración e importancia más bien limitadas, como la guerra de Crimea (1853-1854), la guerra franco-austríaca en el origen del *Risorgimento* italiano (1859), la guerra austro-prusiana (1866-1867) y la franco-prusiana (1870-1871) que permitieron a Bismark completar la unificación alemana. Las guerras balcánicas de 1912-1913, por su parte, surgieron más como la manifestación de la crisis del Imperio otomano que como una amenaza para la estabilidad europea, aunque ahí se originó la crisis que haría estallar el orden del continente.

Según Karl Polanyi, esta “paz de cien años” nacida en 1815 reposaba sobre cuatro pilares: el equilibrio entre las grandes potencias (*balance of power system*), el patrón oro (*gold standard*), una economía liberal sostenida por la revolución industrial y fundada sobre el principio de una auto-regulación de las sociedades a través del mercado, y por último el Estado de derecho con el reconocimiento de ciertas libertades constitucionales. Dejando de lado la Rusia zarista, fuertemente deficitaria respecto del cuarto pilar, todos los otros países europeos adherían a este sistema (Polanyi, 1983). En el origen de esta “paz de cien años” existía el sentimiento, profundamente arraigado en todos los países del continente, de pertenecer a una misma civilización y de compartir los mismos valores. Esta civilización se definía como la antítesis del mundo colonial, mundo de alteridad radical que confirmaba su imagen de superioridad y de dominación, al igual que su “misión” histórica como vector de progreso. Dentro del espacio extraeuropeo, concebido como un espacio abierto a la colonización, la violencia podía desplegarse sin límites ni reglas. Dentro del Viejo Mundo, en cambio, el siglo XIX había forjado un sistema social, instituciones, una cultura y algunos componentes que parecían inquebrantables. La tortura había retrocedido en casi todas partes hasta desaparecer; la paz era reconocida como un valor compartido; las guerras tenían una duración y una importancia limitadas. El sistema de alianzas entre las grandes potencias era el reflejo de esta civilización. La diplomacia era una suerte de casta aristocrática que poseía su lengua, el francés, y vínculos continentales a semejanza de las familias reales, acostumbradas a los

matrimonios entre coronas de diferentes países. Para estos *gentlemen* cosmopolitas, resultaba difícil separar los intereses nacionales del destino de la Europa imperial. Pero esta casta se encontraba ya profundamente desfasada en relación con el avance de los nacionalismos (Hughes, 1961: 6).

En 1914, un alto funcionario del *Foreign Office* británico enfatizaba la emergencia de un "tipo único" de diplomático. Todos, afirmaba, "hablando metafóricamente, utilizaban el mismo lenguaje; comparten la misma manera de pensar y, aproximadamente, los mismos puntos de vista" (citado en Joll, 1984). En tanto el destino del mundo estaba depositado en una elite de hombres correspondientes a este "tipo único", la posibilidad de una guerra de exterminio dentro de Europa, a semejanza de las guerras llevadas a cabo en África por los europeos, extramuros del "mundo civilizado", no era concebible. En abril de 1914, apenas unos meses antes del estallido de la catástrofe, un editorial del *Times* reafirmaba su fe en las virtudes del "concierto" europeo: "La división de las grandes potencias en dos grupos bien equilibrados y con relaciones estrechas entre sus miembros, de tal manera que cada miembro de un grupo pueda entablar relaciones de amistad con uno o varios miembros del otro, representa un obstáculo doble contra ambiciones desenfrenadas o explosiones de odio nacional. Cada soberano y hombre de Estado —e incluso cada nación— sabe que una guerra entre estos dos conjuntos sería una inmensa calamidad. Esta conciencia implica un principio de moderación y limita a los más audaces y más agitados. Pues saben que para obtener la ayuda de los demás miembros de su grupo y para convencerlos de compartir la responsabilidad y los riesgos de un conflicto, la potencia o las potencias que piensan en la posibilidad de usar armas deben en primer lugar convencer a los otros miembros de que el conflicto es necesario y justo. No son ya los únicos amos de su destino..." (ídem).

Este optimismo innato era compartido, en líneas generales, por el conjunto de las fuerzas políticas. Durante los años anteriores a 1914 los socialistas europeos habían lanzado una gran ofensiva pacifista que había tenido su clímax en la conferencia internacional de Basilea, en noviembre de 1912. El movimiento obrero, decían, sabría evitar una guerra mundial o, en caso de que ésta estallara, transformarla en revolución socialista. Pero estas declaraciones solemnes eran la prueba de un optimismo *naïf* que excluía la posibilidad de un conflicto. Y estas declaraciones de principio no desembocaban nunca en una decisión práctica. Karl Kautsky, el principal teórico de la socialdemocracia alemana e internacional, reconocía en términos sumamente lúcidos, al final de la guerra, la ceguera de todos los miembros del Bureau socialista internacional reunidos el 29 y 30 julio de 1914: "Es sorprendente que a ninguno de los que estábamos ahí se le haya ocurrido plantear la pregunta: ¿Qué hacer si la guerra estalla? ¿Qué actitud deben tomar los partidos socialistas en esta guerra?" (citado en Haupt, 1980: 203-204).

Ahora bien, el sistema fundado sobre la neutralización recíproca de los grandes imperios debía derrumbarse en agosto de 1914. Los tratados de paz de la posguerra, a partir del tratado de Versalles, no restablecieron el equilibrio de fuerzas. A diferencia del congreso de Viena, que había reintegrado a Francia en pie de igualdad con las grandes potencias, la conferencia de Versalles decidió castigar a Alemania, condenándola al desarme, a pesadas reparaciones económicas y dolorosas mutilaciones territoriales que dejaban fuera de sus fronteras a millones de antiguos ciudadanos del Imperio prusiano. La Rusia soviética fue aislada por un "cordón sanitario" que intentaba aplastarla en el plano militar. Su reconocimiento será el resultado de la derrota de la contrarrevolución blanca. Las guerras civiles que habían sucedido al derrumbe del zarismo y de los imperios centrales minaron el sistema político liberal; la emergencia del régimen soviético

por un lado y de los fascismos por el otro profundizó su crisis. En cuanto al liberalismo económico, fue puesto en cuestión, primero, por las economías de guerra, y luego duramente afectado por la crisis de 1929 que favoreció la inclinación de una parte de Europa hacia el fascismo. Nadie, comenzando por un economista liberal como John Maynard Keynes, podía creer en las virtudes auto-regulatorias del mercado.

El “concierto europeo” instaurado en Viena en 1815 reposaba sobre la existencia de grandes imperios aristocráticos. Según Georges-Henri Soutou, implicaba a la vez un equilibrio *mecánico*, fundado sobre las relaciones de fuerza entre las grandes potencias, y un equilibrio *orgánico*, fundado sobre un conjunto de valores liberales encarnados por esos mismos Estados (1995: 80). Ahora bien, el equilibrio mecánico había desaparecido con la disolución de los imperios y la atomización del continente en una multitud de Estados-naciones frágiles y, en la mayor parte de los casos, heterogéneo. En cuanto al equilibrio orgánico, ya había sido liquidado durante las guerras civiles de 1918-1923, la crisis profunda del liberalismo, la emergencia del bolchevismo en Rusia y el avance del fascismo en el resto del continente, primero en Italia, luego en Alemania, en Austria, en España y en otros países de Europa central. Después de 1930, la crisis económica hacía estallar la frágil arquitectura de Versalles y revelaba la ineficacia de la Sociedad de las Naciones. Esta última se fundaba sobre el principio de las nacionalidades, cuyo inspirador había sido Wilson, y que reflejaba la democratización de las sociedades europeas y el surgimiento de nuevas *elites* post-aristocráticas, tanto económicas como intelectuales y políticas. Sin embargo, este principio no podía engendrar una política común. El antiguo “concierto” dinástico pertenecía a una época acabada, pero no había encontrado sucesor. El espíritu de familia con que las antiguas dinastías habían manejado siempre los asuntos del continente era algo cuya ausencia en las nuevas elites políticas nacionales se hacía sentir. Es el hecho que constataba Jacques Bainville, ya en 1919, en *Les conséquences politiques de la paix* (ver Soutou, 1998: 117-136).

Alemania había sido debilitada, ciertamente, pero no paralizada. El temor al bolchevismo había sido el origen de una política de reconciliación, simbolizada por el tratado de Locarno (1925), y luego por la entrada de Alemania en la Sociedad de las Naciones. John Maynard Keynes, que había ya calificado de “guerra civil europea” al conflicto de 1914, dedicaba su estudio sobre *Las consecuencias económicas de la paz* (1920) a advertir contra los peligros de una voluntad deliberada de castigar a Alemania, que corría el riesgo de preparar el terreno para el comunismo (lo que preparará, finalmente, ese terreno para el nazismo). En su perspectiva, una política semejante no se limitaba a empobrecer a Europa central, condenando a morir de hambre a varios millones de civiles, sino que también sentaba las bases de un nuevo conflicto de alcance aún más vasto. “Nada, entonces –escribía– podrá retrasar la guerra civil final entre las fuerzas de la Reacción y las convulsiones de la Revolución, una guerra civil frente a la cual los horrores de la última guerra con Alemania palidecerán, y que destruirá, sea cual fuere el vencedor, la civilización y el progreso de nuestra generación” (Keynes, 1920: 251).

Pero el temor al bolchevismo fue también el origen de la pasividad franco-británica frente al rearme alemán y a la remilitarización de Renania, en 1936, al igual que frente a la *Anschluss* de Sarre, de Austria y los Sudetes, realizada durante los años siguientes en nombre del derecho a la autodeterminación proclamado en Versalles. Extenuada luego de la Primera Guerra mundial y desde entonces privada de un ejército a la altura de su diplomacia, Francia ya no tenía la fuerza para reaccionar. Gran Bretaña no temía solamente un debilitamiento excesivo de Alemania frente a la amenaza bolchevique, sino que también deseaba evitar una hegemonía francesa sobre el continente. Ambos tarda-

ron en comprender que Hitler deseaba la guerra y que su expansionismo era cualitativamente distinto del pangermanismo prusiano. Las grandes potencias descubrieron demasiado tarde la verdadera naturaleza de los proyectos de Hitler: no la instauración de una hegemonía alemana sobre Europa, sino su conquista; no el sometimiento de Polonia, sino su aniquilación; no contener a Rusia, sino apoderarse del Este europeo para convertirlo en su "espacio vital"; no expulsar a los judíos del Reich, sino exterminarlos a escala continental. En suma, no comprendieron que la guerra nazi marcaba una ruptura en el interior mismo de la segunda guerra de los Treinta Años (Howard, 1993: 183-184). La paz volverá después de 1945, ya no fundada sobre el "concierto" europeo, sino más bien sobre el equilibrio del terror, en un mundo del cual Europa había dejado de ser el centro. No fue, pues, sino luego de su autodestrucción, que Europa encontró nuevamente su unidad.

Si la crisis de 1914-1945 ha sido interpretada como una guerra civil al mismo nivel que los trastornos producidos por la Revolución francesa, ambos permanecen irreductiblemente antinómicos en nuestras representaciones de la Historia, porque su impacto fue completamente diferente en la conciencia de sus contemporáneos. Es debido a que los actores del siglo XX habían asimilado en su conciencia histórica la visión de 1789 como una etapa de proceso de civilización, que Verdún y Auschwitz se les presentaron de entrada como una "recaída" del mundo civilizado en la barbarie, según una fórmula de uso corriente en los años 1930 y 1940. Los revolucionarios franceses inscribían su accionar en la línea de la Ilustración, cuyos principios codificaban y cuya herencia reivindicaban. Condorcet hallaba en la Revolución la confirmación histórica de su idea de progreso, mientras que la Convención trasladaba al Panteón los restos de Rousseau. A pesar de su crítica al Terror, Kant y Hegel habían saludado la Revolución como un momento emancipador (Bobbio, 1992: 143-155). En las antípodas de esta visión, la guerra civil europea del siglo XX permanece grabada en nuestra memoria como una inmensa catástrofe, como la amenaza de un eclipse de la civilización. Sus comienzos fueron descritos por Karl Kraus (2000) como los "últimos días de la humanidad"; su final fue percibido por Max Horkheimer y Theodor W. Adorno como la expresión de una "autodestrucción de la razón" (1974: 15).

Ciclo

En su clásico sobre los tiempos históricos, Fernand Braudel distinguía tres categorías temporales. Por un lado, el *acontecimiento*, "el más caprichoso y engañoso de los tiempos", capaz de cegar a los observadores con sus resplandores y sus fuegos, pero efímero y casi insignificante desde el punto de vista de las ciencias sociales. Por el otro lado, el *tiempo largo*, el único verdaderamente digno de atención desde su punto de vista, que permite ver las estructuras, las grandes tendencias demográficas, económicas y culturales que subyacen a los movimientos seculares de las sociedades. Y entre los dos, una categoría intermedia, la de "coyuntura" o "ciclo", cuya duración estimaba de "un decenio, un cuarto de siglo y, en el límite extremo, el medio siglo del ciclo clásico de Kondratieff" (Braudel, 1969: 48). No se detenía sobre esta última categoría, pero su sugerencia se revela fructífera. Cubriendo varios decenios, el ciclo designa una época en la cual los acontecimientos no figuran como simples agitaciones de la superficie –contrariamente a la opinión de Braudel, aquéllos marcan a veces giros históricos mayores– sino que pueden ser colocados en perspectiva y analizados a la luz de tendencias seculares. En otras palabras, el ciclo es un lapso de tiempo que revela el vínculo entre los acontecimientos y las estructuras, donde tiempo corto y tiempo largo se tocan, donde las

temporalidades se sincronizan.

El concepto de guerra civil europea no designa un acontecimiento ni una tendencia secular, sino precisamente un ciclo en el cual una cadena de acontecimientos catastróficos –crisis, conflictos, guerras, revoluciones– condensa una mutación histórica cuyas premisas se acumularon, en el tiempo largo, a lo largo del siglo anterior. El advenimiento de la sociedad de masas, la transición del capitalismo liberal al capitalismo monopolístico, la democratización de la política, la nacionalización de las masas y la revolución militar precedieron la ruptura de 1914. El pasaje de un orden imperial a un sistema conflictivo entre Estados denominados “nacionales” (a menudo muy heterogéneos) fue preparado por el deterioro de los regímenes aristocráticos “persistentes” después de la Revolución francesa y los levantamientos de 1848. La ola comunista que sigue a octubre de 1917 supone el surgimiento de un proletariado industrial, al igual que la aparición del fascismo implica el encuentro de la anti-Ilustración con una “derecha revolucionaria” ya no aristocrática, sino nacionalista. La guerra total no sería concebible sin sus ejércitos de masas y los medios de destrucción modernos ni la propaganda que la acompaña sin el arraigo dentro de las clases populares de un ideal nacional forjado en el curso del “largo” siglo XIX. Finalmente, el desplazamiento del eje del mundo de una orilla a la otra del Atlántico, con la emergencia de Estados Unidos como gran potencia internacional, hacía visible una mutación de las relaciones de fuerza iniciada luego de la guerra de Secesión. Todos estos cambios estructurales se construyen en el tiempo largo, pero se condensan y precipitan en un conjunto de acontecimientos que se despliegan sobre una treintena de años y cuyo punto de partida –una verdadera divisoria de aguas para los contemporáneos– es la crisis de 1914. Es todo este ciclo de crisis, guerras y revoluciones lo que se puede resumir en la idea de guerra civil europea. No es ninguna casualidad la aparición, al término de la Gran Guerra, de trabajos que teorizan el final de la parábola de una civilización, analizando la sincronización entre una “onda larga” de la economía capitalista y la guerra, y anunciando un nuevo ciclo de revoluciones a escala continental. *A priori*, no existe ninguna afinidad entre *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, los escritos económicos de Kondratieff y las reflexiones de Trotsky sobre la dinámica de la revolución europea en ocasión del tercer y cuarto congreso de la Internacional comunista. Lo que el filósofo conservador alemán, el economista y el revolucionario ruso comparten, sin embargo, es la necesidad de comprender una coyuntura en la cual los tiempos largos de la Historia se interrelacionan con los ciclos económicos, militares y políticos.⁶

El concepto de guerra civil europea podría parecer en ciertos aspectos inapropiado, tratándose de aprehender en su secuencia temporal una crisis que toma desde el principio una dimensión internacional. Ésta se encuentra circunscripta por dos guerras totales, la primera marcada por la intervención de los Estados Unidos, la segunda repartida en diversos teatros, desde África hasta el Pacífico. Entre ambas se inscriben múltiples crisis, incluida una recesión económica internacional que, gatillada por crack bursátil de octubre de 1929, tendrá repercusiones profundas sobre el Viejo Mundo. Sería evidentemente difícil negar la importancia de este hecho, con sus consecuencias, para comprender la crisis Europa entre 1914 y 1945. Desde el punto de vista de una historia global, la guerra civil europea no es más que un aspecto de un conflicto internacional que se continúa después de 1945 con la guerra fría para terminar cuarenta y cinco años más tarde con el derrumbe de la Unión Soviética. El período de entre guerras sigue siendo crucial, sin embargo, para definir el destino de Europa, pues son su destrucción material y su desgarramiento espiritual los que revelan, bajo formas trágicas, su herencia común, planteando la exigencia de su unidad.

Pese a que manifiesta rasgos de guerra civil, la guerra del 14, en la cual se enfrentan ejércitos de millones de soldados, sigue siendo un conflicto que opone Estados. Estados que no respetan más las normas del *jus publicum europaeum*, pero que permanecen, sin embargo, como Estados soberanos. Las características de la guerra civil se destacan con una nitidez mucho mayor, en cambio, en los conflictos de los años siguientes. Enmarcada por dos guerras totales, la guerra civil europea está compuesta de una multitud guerras civiles locales. Podría reagrupárselas en tres momentos mayores. En primer lugar, el período que se abre con la revolución rusa de 1917 y llega a su fin a comienzos de los años 20 (simbólicamente, con la insurrección abortada de Hamburgo, en octubre de 1923), durante el cual una guerra entre Estados desemboca en revoluciones y guerras en diversos países de Europa central y oriental. Luego la guerra civil española, que condensa a escala de un país conflictos de alcance continental, incluso internacional. Por último, la Segunda Guerra mundial, que engendra a su vez una multitud de guerras civiles locales. Estas tres se encuentran estrechamente ligadas entre sí. Es esta íntima mixtura de guerras totales y guerras civiles lo que teje la continuidad del período que va desde 1914 hasta 1945.

Notas

- ¹ Engels (1975). Ver sobre este tema Achcar (1997: 139-160).
- ² Howard (1993: 171). Sobre la guerra de los Treinta Años como “guerra total”, ver Chickering (1999: 13-28).
- ³ El discurso del general De Gaulle es citado en Prost y Winter (2004: 33); Churchill (1948: III).
- ⁴ Para una comparación entre estas dos guerras de los Treinta Años, la del siglo XVII y la del siglo XX, ver sobre todo Mayer (1990: 50-55), quien se apoya en la obra clásica de Parker (1987).
- ⁵ Robespierre (2000: 233). La importancia de este discurso para la génesis del concepto de “guerra civil europea” ha sido subrayada por Janssen (1982: 588).
- ⁶ Spengler (1948), Kondratieff (1992), Trotsky (1973: 133-138). Sobre Kondratieff y Trotsky, ver Goldstein (1985: 411-444) y Mandel (1975: 213 y ss).

Referencias

- Achcar, Gilbert (1997) “Engels, penseur de la guerre, penseur de la revolution”, en Georges Labica y Mireille Delbraccio (eds.) *Friedrich Engels, savant et revolutionnaire*. París: Presses Universitaires de France.
- Aron, Raymond (1983) *Mémoires*. París: Julliard.
- Bobbio, Norberto (1992) “Kant e la rivoluzione francesa”, *L'età dei diritti*. Turín: Einaudi.
- Braudel, Fernand (1969) *Écrits sur la histoire*. París: Flammarion.
- Chickering, Roger (1999) “Total War. The Use and Abuses of a Concept”, en Manfred Boemcke, Roger Chickering y Stig Förster (eds.) *Anticipating Total War. The German and American Experiences 1871-1914*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Churchill, Winston (1948) *The Gathering Storm*. Boston: Houghton Mifflin.
- Elias, Norbert (1975) *La Dynamique de l'Occident*. París: Pocket.
- Engels, Friedrich (1975) “Einleitung [zu Borkheims “Zur Erinnerung für die deutschen Mordspatrioten”]”, *Marx-Engels Werke*. Berlín: Dietz Verlag.
- Geyer, Michael (2004) “Urkatastrophe, europäische Bürgerkrieg, Menschenschlachthaus. Wie Historiker den Epochenbruch des Ersten Weltkrieges Sinn geben”, en Rainer Rother (ed.) *Der Weltkrieg 1914-1918. Ereignis und Erinnerung*. Berlín: Minerva.
- Goldstein, Joshua (1985) “Kondratieff Waves as War Cycles”, *International Studies Quarterly*, vol. 29, núm. 4.
- Haupt, Georges (1980) “Guerre ou revolution? L'Internationale et l'Union sacrée en aout 1914”, *L'historien et le mouvement social*. París: Maspero.
- Howard, Michael (1993) “A Thirty Years War? The Two World Wars in Historical Perspective”, *Transactions of the Royal Historical Society*, vol III.
- Horkheimer, Mark y Theodor Adorno (1974) *La dialéctica de la razon*. París: Gallimard.
- Hughes, Henry Stuart (1961) *Contemporary Europe. A History*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Janssen, Wilhelm (1982) “Krieg”, en Reinhart Koselleck (ed.) *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*. Stuttgart: Klett-Cotta.
- Joll, James (1984) *The Origins of the First World War*. Londres: Longman.
- Keynes, John Maynard (1920) *The Economic Consequences of Peace*. Londres: MacMillan.
- Kohn, Hans (2005) *The Idea of Nationalism. A Study in its Origins and Background [1919]*. Nueva York: Transaction Books.
- Kondratieff, Nikolai D. (1992) *Les grands cycles de la conjuncture*. París: Económica.
- Kraus, Karl (2000) *Les derniers jours de l'humanité*. Marsella: Agone.
- Mandel, Ernest (1975) *Le troisième age du capitalisme*. París: UGE.
- Malaparte, Curzio (1995) *Kaputt*. Milán: Mondadori.

- Martin, Jean-Clement (2006) *Violence et revolution. Essai sur la naissance d'un mythe national*. París: Seuil.
- Mayer, Arno J. (1990) *La "Solution finale" dans l'histoire*. París: La Découverte.
- Neumann, Sigmund (1965) *Permanent Revolution. Totalitarianism in the Age of International Civil War [1942]*. Londres: Pall Mall Press.
- O'Brien, Conor Curse (1986) "Introduction. A Manifesto of a Counter-Revolution", en Edmund Burke, *Reflections on the Revolution in France*. Londres: Penguin Books.
- Parker, Geoffrey (1987) *La Guerre de Trente Ans*. París: Aubier-Montagne.
- Polanyi, Karl (1983) *La Grande Transformation*. París: Gallimard.
- Prost, Antoine y Jay Winter (2004) *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*. París: Seuil.
- Robespierre (2000) *Pour le bonheur et pour la liberté. Discours*. París: La Fabrique.
- Schur, Roman (1983) "Weltfriedensidee und Weltbürgerkrieg 1791-1792", *Revolution und Weltbürgerkrieg. Studien zur Ouverture nach 1789*. Berlín: Duncker & Humblot.
- Soutou, Georges-Henri (1995) "1914: vers la guerre de Trente Ans? La disparition d'un ordre européen", en Pierre Chaunu (ed.) *Les enjeux de la paix. Nous et les autres. XVIIIe-XXIe siècle*. París: Presses Universitaires de France.
- Spengler, Oswald (1948) *Le déclin de l'Occident*. París: Gallimard.
- Trotsky, León (1973) *The First Five Years of the Communist International*. Londres: Park Publications.